

tras la envoltura de sus exageraciones (cuando llega á *leyenda*), ó de sus formas groseras y elementales, suele depurar la crítica el verdadero sentido de los hechos. No de otro modo ha podido decirse que «la leyenda es más verdad que la historia». Tanto es así, que, después de un período en que la crítica rechazó en absoluto, como dato de información, las leyendas, mitos, etc., vuelven á ellos los historiadores, ora para explicar los tiempos primitivos de Roma, como Mommsen y Bonghi, ora para ilustrar los orígenes orientales, como Maspero y Stade; dándose el caso de que los descubrimientos positivos de *restos* han venido á confirmar muchas veces la superioridad de la tradición sobre las narraciones de los escritores.

Por lo que toca á las formas más poéticas de ella — las canciones, romances, *fabliaux*, etc. — su valor es inapreciable, como han demostrado, en España D. Joaquín Costa con su libro *La poesía popular española*, y en Francia, M. Langlois, profesor de la Sorbona, entre otros, con su *Cuadro de la Edad Media*, basado en la colección de los *fabliaux* medievales (1). Lo mismo puede decirse de los proverbios, cuentos, consejas y demás, que tan afanosamente recogen los folkloristas, y que con tanto fruto ha aprovechado un historiador catalán, el Sr. Pella. De las canciones, particularmente, ha resultado un abundantísimo material, v. gr., para la historia de la Revolución francesa, aprovechado por M. Aulard; y no es inferior en importan-

(1) El primer historiador que estudia como elemento propiamente histórico la poesía popular, es Fauriel (1772-1844). Téngase en cuenta que cuando la poesía popular se escribe, entra ya en la categoría de las fuentes literarias; pero su valor es distinto siempre del que tienen las obras de literatura erudita.

cia el de las que se refieren á los últimos tiempos de la casa de Austria y á la guerra de sucesión española.

Conviene todavía notar que en tales narraciones hay, aparentemente, dos géneros distintos: uno que, á primera vista, puede considerarse como fuente original, y otro en que esta condición no aparece tan clara. Pongamos un ejemplo:

Cualquiera de las sátiras ó relaciones anónimas en verso del motín de 23 de Abril de 1699 en Madrid, es contemporánea del suceso á que se refiere, y puede incluirse en el orden de los *restos* históricos de la época; pero las tradiciones que sobre el origen de Roma conoció Tito Livio, aunque contemporáneas también de los hechos y creadas en vista de ellos mismos, ya habían pasado, en la época del historiador, por varias generaciones, en cuya memoria ó lenguaje podían haberse desfigurado mucho; no siendo, en último resultado, quien las contó á aquél, un contemporáneo, ni la forma, quizá, la misma que en un principio tuvo la narración.

Por lo tanto, no merecen ambas relaciones igual género de crédito.

Semejante diferencia reposa en la *forma literaria* y se halla en relación directa con la determinación que ésta logra. Cuando la versión de un hecho se concreta en un romance, v. gr., tiene — sin necesidad de llegar á la escritura — más probabilidades de no sufrir alteración que si queda sólo en la categoría de *noticia*, cuya expresión varía con el que la da, pudiendo, incluso, resultar cambiados los términos y la relación entre ellos. Así, un *fabliau* del siglo XIII puede ser hoy repetido íntegro por un labrador de nuestros días, porque la concreción de la forma obliga á que ésta se

aprenda; pero no sucede lo mismo con una leyenda en prosa, cuyas palabras son más indiferentes, y tras de ellas suele irse el sentido. Pero salvo estas modificaciones, no intencionadas en el sujeto, sino hijas del desgaste, cambio ó acumulación de especies nuevas que las ideas y el lenguaje sufren en la vida, la tradición popular arranca y procede de un momento contemporáneo del hecho; y así como al través de su forma moderna logran ver los lingüistas las palabras primitivas del aria ó del sanscrito en las modernas del alemán ó el español, y aun pueden ir determinando los *viajes* que ha hecho de pueblo á pueblo—según tan preciosamente han explicado, entre otros, Müller y Bréa—del mismo modo en la *forma moderna* de cada tradición, aun cuando llega á ser leyenda ó mito, se hallan los elementos simples de su primera expresión y fórmula. Ejemplos de ellos abundan en los estudios de Pitré, y entre nosotros, en los del Sr. Sales y Ferré y Machado (1).

De donde resulta que, en rigor, estas fuentes pueden considerarse como restos originales, anteponiéndolas en valor y fuerza histórica á las narraciones de carácter personal, como son las Memorias, diarios, etc., que se aproximan más bien á la historia literaria. Pero nótese, que tanto unas como otras proceden de un observador directo de los hechos mismos, tienen un carácter muy objetivo—aunque más las primeras que las segundas—y aquéllas siempre, y éstas por lo común, no afectan intención doctrinal. Lo que

(1) Ver en la introducción á la *Vida de Jesús*, de Renán, lo que se dice acerca de la importancia de las leyendas. Á veces, la leyenda procede de fuente erudita, es decir, empieza en un documento escrito y concluye en la tradición oral. (Véase, por ejemplo, Carraroli, *La leggenda di Alessandro Magno*, 1892.)

sobre todo, pues, importa comprobar en ellas, es su autenticidad; es decir, si realmente son tales tradiciones, romances, etc., antiguos (1), ó tales Memorias y diarios de las personas que aparecen como autores; distinguiendo siempre su forma, según sea escrita ó verbal, cosa que cambia bastante las condiciones de la relación.

En cierto modo, las narraciones personales auténticas pueden equipararse á las fuentes literarias incluídas en el grupo de *restos*, porque ellas mismas son restos originales de una época; pero, en rigor, piden otras reservas y juicio diferente. Desde luego se comprende que, siendo de muy análoga procedencia, v. gr., las Tablas de Osuna y las *Cartas* de Cicerón, los documentos oficiales del siglo XVIII y las *Memorias* del Cardenal de Retz, porque unas y otras son contemporáneas de los sucesos á que se refieren y no entran en la categoría de narraciones hechas con intención propiamente histórica, este desinterés, sin embargo, resulta más evidente en las tablas y los documentos que en las *Cartas* y las *Memorias*, porque la ley y la capitulación ó el contrato, v. gr., han sido hechos sin pensar en el valor que como elemento histórico habían de tener luego para los eruditos, y dicen lo que son y nada más; mientras que en las biografías, en los diarios y en las memorias, cabe, en lo que se refiere á los hechos propios tanto como á los ajenos, el falseamiento de la verdad, por orgullo, por pasión política, por falta de datos, etc. No es extraño, pues, que estas narraciones auténticas y contemporáneas—como los *Co-*

(1) Las refundiciones de canciones, romances, etc., que hace el pueblo insensiblemente, mezclando leyendas y hechos distintos y alterando la narración, es cosa para tenida muy en cuenta. En la literatura española hay frecuentes ejemplos de esto.

*mentarios* de Julio César, las *Memorias* de Mme. Roland, el anunciado diario de Federico III de Prusia, etc. — sean por muchos consideradas como fuentes secundarias, tan expuestas á rectificación como los libros propiamente históricos de Jenofonte, Polibio, Mariana, Thiers, etc.

Como quiera que sea, necesitan la aplicación de una crítica rigurosa, para depurar su imparcialidad y el valor de sus noticias.

Cuando estas narraciones adoptan la forma de *Viajes*, hay que desconfiar mucho más de su veracidad. Si el que cuenta ha verificado realmente el viaje y es un hombre independiente y culto como Young, v. gr., sus noticias y observaciones pueden merecer crédito y servir de mucho á la historia; como en realidad sirvieron las del citado con relación á Francia, para los libros de Tocqueville (*L'ancien régime*) y de Taine, faltando sólo que alguien utilice de igual modo su interesante *Viaje por España*, casi desconocido entre nosotros. Pero no siempre cabe conceder este crédito; y bastará citar el pretendido *Voyage en Espagne* del falso marqués de Langle (París, 1785), que tuvo que desmentir, con un folleto publicado bajo el seudónimo del verdadero *Figaro*, el Conde de Aranda, por entonces embajador nuestro en la capital francesa.

Después de este rápido estudio comparativo de las que se consideran como fuentes directas, podrá comprenderse el verdadero carácter y valor de las obras históricas, es decir, de la historia literaria y reflexiva, en que el autor se propone deliberadamente y con propósito profesional, que diríamos, narrar la vida de un pueblo, de un personaje ó de una época especial.

Hasta ahora, las fuentes que hemos examinado son fuentes inmediatas, son la historia misma, las cosas y los hechos que por sí solos se muestran, ya en su realidad objetiva, ya en la más elemental y pegada al objeto que logran las representaciones ó interpretaciones: la inscripción, el documento auténtico, la tradición popular. Veamos cómo, sin embargo, su valor va decreciendo á medida que entran más en el dominio de la elaboración subjetiva: y así, un bronce romano (v. gr., el de Salpensa), no admite reserva alguna, una vez probada su autenticidad; pero ya la admiten, de cada vez más, los restos que constituyen narraciones de hechos ó explicación de cosas diferentes de ellos mismos, hasta llegar á las *Memorias* particulares que se confunden con la historia propiamente dicha. Es decir, que según nos vamos apartando de la realidad misma para entrar en el campo de su interpretación intelectual intencionada, la fe y la seguridad en el dato van amenguando; del mismo modo que en las ciencias naturales merece más crédito la observación propia hecha sobre el objeto mismo, en la naturaleza libre, en los museos ó en el laboratorio, que la descripción ajena, máxime si ésta es de segunda mano.

¿Se pretende con esto negar todo valor como fuentes á los libros de historia? En modo alguno. Prestan todos la utilidad general, como muy bien dice el profesor inglés Mr. Freeman, de dar continuidad y enlace á los documentos originales que por sí no suelen tener estas condiciones. Además, bien sabido es, que ni todas las gentes pueden dedicarse al estudio de las fuentes primeras, ni aun los que tal hacen por pura vocación de historiadores ó investigadores alcanzan tamaña perfección más allá de un período corto, relativamente al extenso ámbito de la historia; para

el resto, tienen que acudir á la narración de los escritores más ó menos cercanos á los hechos, y al juicio de los críticos modernos que son especialistas en cada materia.

Por esto, aun los libros constructivos y en cierto modo doctrinales—César Cantú, Michelet, Castro, Lafuente—son á veces objeto de justificada fe y confianza, cuando proceden de personas cuyas condiciones de competencia y sinceridad fuesen bien reconocidas de todos: v. gr., Mommsen ó Hübner, Lavisse ó Monod; máxime, si consta que para sus respectivos trabajos han tenido al frente, y en constante consulta, las fuentes originales. Tal sucede, por lo que toca á España, v. gr., con la *Historia de los Visigodos* de don Eduardo de Hinojosa.

Pero no todos los historiadores son de igual categoría y género. Hay que distinguir mucho en cada uno según su relación de proximidad al dato objetivo (1). Así (tomando como ejemplo la historia de pasadas edades, como la romana ó la medioeval, para que resulte más claro el pensamiento), cabe hacer la siguiente clasificación en tres grupos: Historiadores contemporáneos de los sucesos que narran; historiadores cercanos á los sucesos, aunque no contemporáneos, que han podido recoger la tradición aun fresca, quizá de espectadores y actores de los hechos, y el

(1) Es muy interesante la clasificación que en su tiempo hacia el Marqués de Llió, en las *Observaciones sobre los principios elementales de la Historia*, ya citadas (cap. III). Según él, los autores son: a) *coetáneos*, divididos en dos grupos: los que intervienen en los sucesos que narran y los que adquieren la noticia, no *de visu*, sino de oídas; b) *inmediatos* ó *vecinos*, los que saben las cosas por oídas de gentes que no vieron ó intervinieron en los sucesos; c) *distantes*, que hablan sobre lo dicho por las dos clases anteriores; d) autores de historias mixtas, que apoyan sus noticias con documentos. Algo análogo trae el P. Segura.

testimonio de narraciones escritas y de documentos que luego se han perdido; historiadores posteriores á los hechos, que los narran aprovechando, con sentido crítico, las fuentes originales que subsisten y los narradores anteriores (v. gr., Gibbon, respecto de Roma; Masdeu, respecto de España).

En los primeros, todavía cabe una distinción: se puede ser contemporáneo de los hechos y saberlos de ciencia propia, es decir, por haberlos visto, y, quizá, por haber intervenido en ellos: así, el mariscal Moltke, tocante á la guerra francoprusiana de 1870; pero también es fácil ser contemporáneo y narrar por testimonio ajeno: por cartas, noticias de la prensa, voz popular, etc.

Bien se ve que no tendrán igual carácter uno y otro historiador: ambos llevarán la cualidad de fuente original, pero más propiamente la merece el primero que el segundo, puesto que aquél ha ejercido su propia *observación* y éste utiliza la ajena, pudiendo caer en un doble error: el de quien le presta los informes y el suyo propio, al apreciarlos. Sus noticias son, pues, *mediatas*.

Aun así, el contemporáneo, en el mero hecho de serlo, tiene una gran ventaja sobre el que no lo es: la *impresión personal* de la época, del medio, que le permite un mayor tacto de apreciación en los materiales de que se sirve; ventaja que conocen muy bien todos los que de algún modo se han dedicado á estos estudios, y que suele formularse en la clásica dificultad «de resucitar los tiempos pasados». Ya veremos, en cambio, la superioridad que hoy tienen nuestros historiadores, incluso para la historia antigua.

Siguen en valor y significación *objetiva* los historiadores que, como Tito Livio y Plutarco, no fueron más que pró-

ximos á las cosas que narran. Su importancia dependerá, evidentemente, de que esa proximidad sea mayor ó menor. Si han conseguido recoger la tradición y narración de los contemporáneos ó de los inmediatamente sucesores á éstos, están casi á la altura de los del segundo grupo que antes distinguíamos; lo mismo ocurre si pudieron aprovechar documentos y aun libros históricos más próximos que ellos mismos, y que no han llegado hasta nosotros; como con Tito Livio sucede por lo tocante á los orígenes de Roma, y con Estrabón respecto de los periplos anteriores á él. En este caso, tienen también el valor de *sustitutos*, puesto que habiendo desaparecido las fuentes originales, quedan ellos en lugar de éstas. Así ha ocurrido, por ejemplo, con Plutarco y otros respecto de la *Constitución de Atenas*, de Aristóteles, hasta que se encontró, hará un año, el texto que se cree original.

Pero nótese que con mucha frecuencia—y dado que la vida del hombre es muy corta, y muy compleja la trama de los hechos sociales—el plan de los libros históricos excede del campo (en espacio y tiempo) á que se contrae la experiencia del que escribe; y de aquí que un mismo historiador sea, á la vez, contemporáneo y anacrónico de los hechos, *original* y secundario en la información. Tal ocurre con Polibio y con Gregorio de Tours; y con Livio ocurriría, á persistir los libros últimos de sus *Anales*, que se han perdido. En este caso, hay que distinguir bien las distintas partes de la obra, y no caer en el error frecuente de reputar por *original* en absoluto á un autor porque lo sea en ciertos pasajes; como es frecuente también llamarlos de aquel modo sólo porque son *antiguos* con relación á nuestro momento actual.

Por lo expuesto, ya hemos visto cuánta distinción hay que hacer en los mismos escritores *clásicos*, y cómo no conviene á todos la cualidad de «autoridades originales».

Finalmente están los historiadores lejanos de la época que historían y en los cuales ya no se cuenta el alejamiento mayor ó menor como signo de diferencia fedataria. Así, en este respecto, lo mismo daría una *Historia de Roma* escrita en el siglo xiv que la reciente de Bertolini, á no ser que la primera hubiese aprovechado documentos perdidos luego por incendio ú otro accidente. Entonces, su superioridad quedaría limitada á este punto.

Pero si los historiadores modernos son inferiores á los del primero y segundo grupo (con relación á la historia antigua), les son superiores en otro concepto: en la cultura, en la preparación crítica, en la intención ideal, en el progreso, en fin, de la ciencia histórica, de que todos se aprovechan. Nunca han tenido los historiadores tan grande y escogido número de materiales como hoy día para formar sus juicios y escribir sus libros; ni nunca tampoco el adelantado simultáneo y la recíproca ayuda de todos los estudios en el organismo científico les han prestado mayor competencia para fijar las cuestiones propiamente históricas y sacar partido valioso de un pormenor, al parecer insignificante. Así ha podido decirse, sin paradoja, «que hoy conocemos mejor la historia de Roma que los romanos mismos.»

En eso estriba el gran valor de los libros modernos; pero no empece á la condición de *provisionales* que en muchos puntos—y según el sentido ya explicado—tienen todos los libros de historia.

\*  
\* \*

Para completar este cuadro de las fuentes, réstanos hablar de un grupo de ellas que, si de un lado pueden equipararse á los *historiadores*, de otro son *restos* que en cierto modo pudieran caber en el grupo tercero de los que hemos estudiado con este carácter. Tales son las obras literarias de los épicos, dramaturgos, líricos, novelistas y cuentistas, en las cuales, por ser reflejo y pintura de la vida social y de los sentimientos humanos, suele haber no escaso número de noticias y datos acerca de la vida política de los pueblos, las costumbres privadas, las ideas dominantes, etc. Ya vimos el partido que M. Langlois ha sacado del estudio de los *fabliaux* franceses; el mismo puede sacarse de nuestro *Romancero*; ó del *Poema del Cid* (como lo ha hecho el Sr. Costa); de los dramas de Calderón (cosa intentada por M. Uzed) (1); de los de Lope, Alarcón, Tirso, etc. (según, en parte, tiene realizado un conocido autor), á ejemplo de los muchos trabajos de esta índole, ya casi ultimados, sobre los poetas clásicos con relación á la historia jurídica de Grecia y Roma: v. gr., la propiedad en Homero; la familia y la ley procesal en Plauto.

La sanción de estas fuentes como útiles, y aun necesarias para la investigación histórica, se halla modernamente en un libro del profesor norteamericano W. F. Allen, en el cual se menciona incluso las novelas históricas como materiales de investigación. Lo son, en efecto, de una parte, por las noticias que á veces consignan, y de otra, porque han solido acertar con la nota fundamental de una época, mediante la intuición artística del conjunto que

(1) *La sociedad española del tiempo de Felipe II, según los dramas de Calderón (La Controverse et le Contemporain, 1886).*

casi siempre escapa al análisis de los eruditos. Sirva de ejemplo el caso de Walter Scott, en cuya novela *Ivanhoe* acertó á comprender el insigne historiador Thierry una cosa que hasta entonces había encontrado obscura en los documentos: el carácter de las relaciones entre los sajones y los normandos en Inglaterra; al paso que otro historiador y jurisconsulto, Sumner Maine, acude á las obras del novelista para encontrar datos referentes al régimen feudal y á la propiedad servil comunista.

Ahora bien; tanto los poetas como los novelistas no son historiadores de intención, y en sus datos cabe, por esto, más sinceridad, menos *parti-pris* que en los escritores como Tucídides, Jenofonte, etc. Cuando Plauto, v. gr., expone en una comedia las ceremonias del matrimonio, ó los procedimientos militares, lo que como artista le importaba, sobre todo, era ser exacto en la exposición, para dar vida y realidad al cuadro, sin ocurrírsele que el dato pudiera servir el día de mañana de fuente para la historia. Este desinterés hace muy apreciables las noticias de los literatos; pero importa siempre comprobar sus afirmaciones, si es posible, para rebajar de ellas lo que la facundia artística pudo añadir, y, sobre todo, investigar (como para los historiadores debe hacerse) las fuentes de donde dimanen sus conocimientos, ya sea el testimonio y experiencia propios, ya el ajeno en información hablada ó en libro, para fijar concretamente el mayor ó menor carácter objetivo de aquéllos.

Volveremos, en otro capítulo, sobre esta materia tan interesante.

Ahora bien; ¿qué línea de conducta puede deducirse de todo lo expuesto para la investigación histórica?

En primer lugar, resulta bien clara la superioridad de

las fuentes objetivas sobre las subjetivas; es decir, de los *monumentos* y de los *documentos* originales, sobre las *narraciones* que se apoyan en unos ú otros y son mero producto de la elaboración mental hecha con los datos que suministran directamente aquéllos y la observación propia de la vida. En el mismo grado de importancia deben colocarse las *supervivencias* de hechos (como costumbres, fiestas, instituciones jurídicas, lenguaje), porque son la realidad misma perpetuada con vida y movimiento. Así, el primer cuidado del buen historiador será averiguar é inventariar las fuentes *monumentales* y *documentales* (en el sentido expresado) y las *supervivencias* que existan, recogiendo en ellas, de propio personal trabajo, los elementos primeros y fundamentales de su estudio.

En cuanto al respectivo valor en comparación de los *documentos* y *monumentos*, baste recordar la observación de Freeman, ya transcrita. Por lo general se completan unos á otros; pero hay cosas especiales de que sólo uno de estos géneros puede testimoniar, en relación con el carácter del arte ó industria de que proceda, aunque con mucha frecuencia lo hacen juntamente ambos: v. gr., las batallas, que, á la vez, relatan los *documentos* y pueden representar los *monumentos*, como en la columna de Trajano y en los relieves de Behistun. Téngase, además, en cuenta, que no es raro encontrar confundidos ambos géneros en un mismo objeto, es decir, un monumento que lleva en sí una fuente *literaria*: como los arcos de triunfo de Augusto, el puente de Alcántara y otros, que llevan inscripciones; y todas las monedas que son, en uno, *monumentos* y *documentos* merced á la *leyenda*. En estos casos resulta evidentísima la mutua ayuda que unas y otras fuentes se prestan.

Agotada la investigación personal de los materiales *objetivos*—en los cuales, aunque en segundo lugar, entra la *tradicón verbal* colectiva—deben estudiarse los de carácter *subjetivo* (narraciones, crónicas, historias), depurando bien antes, no sólo las condiciones de veracidad del autor y las circunstancias de la vida de éste que puedan ilustrar acerca de su imparcialidad y tendencias, sino, también, los medios de información que hubo de aprovechar para su relato. Tal es el trabajo preliminar de crítica que hacen siempre los alumnos de los seminarios históricos alemanes y los de la «Escuela práctica de Estudios superiores» de París, antes de estudiar cualquier escritor; sin cuya preparación no hay criterio posible en el aprovechamiento de las fuentes literarias y es muy fácil caer en el defecto de credulidad y error de perspectiva en que muchos autores han caído, por no distinguir el respectivo grado de importancia que debía concederse á los varios historiadores ó cronistas consultados.

Pero, sobre todo, téngase muy en cuenta el prudente y práctico consejo que no hace mucho recordaba un redactor de la *Revue Critique d'histoire*, á propósito de una reciente *Introducción crítica á la historia moderna*; y es que el supremo arte del historiador no consiste en confinar sus investigaciones á una sola y determinada clase de materiales, sino en usar de todos ellos, de todas las fuentes posibles, con la debida proporción y ponderación, según el carácter del punto investigado, de modo que unas á otras se completen é ilustren. El consejo es tanto más sabio, cuanto que la preferencia inconsiderada de un solo género de fuentes llevaría consigo el desamparo de aquellas cuestiones para cuyo estudio faltase ese género de elementos;

cosa muy repetida, puesto que no es lo normal que respecto de cada época ó hecho poseamos todos los grupos de fuentes, como tampoco es común que una sola de éstas suministre, por sí, todos los datos necesarios.

Al tomar la investigación histórica carácter, que diríamos, casi enciclopédico, impone á los investigadores una educación mucho más amplia de la que hasta aquí recibieron, por lo general; y, efectivamente, si no se puede exigir que todo historiador sea perfecto arqueólogo, aventajado numismático, lingüista de primer orden \*(porque siempre la división del trabajo y las especialidades serán ley de la vida intelectual), á todos es obligada una cultura media sobre estas ciencias especiales, para poder, en su día, aprovecharlas con conciencia, comprobar los datos venidos de los especialistas, y no caer en el peligro de una credulidad ciega por ignorancia.

Tal es la regla final que se deduce del estudio de las fuentes históricas.

\* \* \*

Expongamos, para terminar esta materia, algunas consideraciones, que se deducen de lo que va dicho, acerca de las llamadas ciencias auxiliares de la historia.

Nótese, en primer lugar, que la denominación les viene de una época en que el concepto del contenido de la historia era muy limitado. Creyendo que la única materia digna de historiarse la constituían los sucesos militares y políticos, era lógico considerar como ciencias extrañas—por más que desde fuera ayudasen á aquélla en cierto gra-

do—las que estudian especialmente los diversos objetos ó esferas de actividad que corresponden á la vida humana y social. Así fueron constituyéndose y creciendo, aparte de la historia, la cronología, la geografía, arqueología, numismática, etc.

Pero ensanchado el concepto de la historia, que abraza hoy todos los órdenes de la vida social, é incluye, por tanto, la lengua, la religión, el derecho, el arte, la industria, la economía, las costumbres privadas, el estudio del territorio y del medio físico, parece resultar, en suma, que todo es historia y que las llamadas ciencias auxiliares no son cosa exterior, sino *interior* á la mencionada ciencia principal. De otro modo, si se sustantiviza y separa el estudio de todas aquellas actividades ó elementos de la existencia ó desarrollo social, vendría otra vez á reducirse la historia á relato de los hechos político-militares.

No puede, sin embargo, aceptarse en absoluto aquella conclusión, porque á poco que se observe, se ha de notar que no son de igual género todas las ciencias auxiliares. Desde luego pueden distinguirse en ellas dos grupos: uno, que se refiere á cosas que son producto de la actividad del hombre (por ejemplo, arqueología, numismática.....), y otro, de las cosas que, fundamentalmente, no dependen de la voluntad ni de la actividad humana (geografía, antropología en su parte física.....).

El primer grupo pertenece á la historia, sin género de duda, puesto que en ésta hay que estudiar los monumentos artísticos de cada pueblo, su sistema monetario, etc., y esencialmente semejante estudio no cabe en otra esfera que en la historia misma. El segundo grupo sólo en parte interesa á la historia, pues si es verdad que la configuración de